

Ensayos de Reseña/Review Essays

Violencia y desplazamiento forzado en Colombia:

Miradas sobre lo público, voces desde lo privado

Donny Meertens¹

- *Las Violencias: Inclusión creciente*, compilado por Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Colección CES, 1998.
- *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, compilado por Fernando Cubides y Camilo Domínguez, Bogotá, Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia, CES, Observatorio Socio-político y Cultural, 1999.
- *The Heart of the War in Colombia*, by Constanza Ardila Galvis. London: Latin American Bureau, 2000.

Los estudios aquí seleccionados representan una mínima y a la vez diversa parte de las recientes, cada vez más prolíferas y variadas miradas sobre ese complejo conjunto de fenómenos que se ha instalado en la historiografía y la ciencia política latinoamericana con el nombre de ‘la Violencia en Colombia’. Aunque la violencia se ha considerado una característica endémica de la historia colombiana, las últimas dos décadas han mostrado un alarmante crecimiento de sus niveles y una rápida extensión hacia todos los sectores de la sociedad y desde los más remotos rincones hasta el corazón de su geografía. En la década de los noventa, las muertes anuales por violencia oscilaban entre 25.000 y 30.000, lo cual representa una tasa de alrededor de 80 por cada 100.000 habitantes, uno de los más altos del mundo. Aproximadamente un 13 por ciento de ellas (3000 a 4000) se considera violencia *política*, es decir, masacres, homicidios o desapariciones perpetrados por agentes del Estado o miembros de los grupos armados en conflicto, generalmente contra la población civil².

Tal ha sido la preocupación del país y de su academia por entender su convulsionada historia, que no sólo se creó una Comisión oficial para el estudio de las causas de la violencia (1986-87), sino que para los integrantes de ésta se acuñara el término ‘violentólogos’ y con la publicación de su diagnóstico *Colombia, Violencia y Democracia*, en 1987³, naciera una nueva ciencia peculiarmente colombiana: la ‘violentología’. En realidad, el comienzo de la década de los ochenta ya había visto aparecer una gran cantidad de estudios – en su mayoría sobre el clásico período de La Violencia de los años cincuenta y sesenta –

cuyos enfoques se alejaban de los paradigmas exclusivamente estructuralistas (económicos, políticos, de clases sociales) en boga en la década anterior, para centrarse en el análisis de actores, motivaciones, configuraciones regionales del poder y del conflicto. No es el objeto de esta reseña detenernos en esos estudios, basta referir a los numerosos artículos historiográficos que han aparecido sobre ellos⁴. La aparición del informe de la Comisión significó un reconocimiento oficial de que el conflicto armado había pasado nuevamente de una presencia dispersa y poco densa, a unos niveles de intensidad que merecían el término Violencia con mayúscula. Fue un hito en la historiografía y los análisis contemporáneos de la violencia: en primer lugar, por su énfasis en la multiplicidad de la violencia, de *las violencias*, en cuanto a sus actores, dinámicas, motivos, escenarios geográficos y espacios sociales. Un segundo, mucho más tímido paso, ha sido el de sugerir conexiones entre esas diversas manifestaciones y escenarios de la violencia, es decir, el de enunciar su *multicausalidad* – tema sobre el cual trece años más tarde todavía no se ha dicho la última palabra. En la avalancha de estudios que siguieron al libro de la Comisión, comenzaban a explorarse varios enfoques sobre esa pluralidad y multicausalidad del fenómeno. La corriente principal, no obstante, continúa siendo la de los estudios sobre el Conflicto Armado – con mayúsculas – en tres vertientes: el análisis de sus protagonistas guerrilla-paramilitares-ejército; la cuantificación y mapificación de la presencia de actores armados, actos de violencia y víctimas de ella; y el análisis de dinámicas regionales de violencia, particularmente en torno a las disputas territoriales⁵.

Complementariamente a esas miradas desde la ciencia política, se han elaborado nuevos enfoques que toman en cuenta *el impacto y la dinámica social* así como *la vivencia personal* de la violencia en Colombia. So pena de reducir una rica diversidad de estudios a simples esquemas, me atrevo a agruparlos de la siguiente manera: los estudios literarios-antropológicos ubicados en los escenarios urbanos y que se adentran en el mundo de las bandas juveniles, las milicias populares y los sicarios de las comunas de Medellín o las localidades pobres de Bogotá⁶; los que se han centrado en los efectos psicológicos individuales de una de las modalidades más inhumanas de la violencia, el secuestro⁷; los que exploran percepciones de violencia en toda sus manifestaciones desde el ámbito cotidiano⁸ o acompañan a ex-integrantes de grupos insurgentes en su proceso de ‘reinserción’ en la sociedad civil⁹; finalmente, los estudios que han surgido a partir de 1995, con el pionero trabajo de la Conferencia Episcopal Colombiana, sobre el drama de los *desplazados internos por violencia*. En efecto, durante la última década, el desplazamiento interno de más de millón y medio de personas – mujeres y hombres pertenecientes a las clases pobres y medias rurales –, ha llamado la atención, finalmente, sobre las secuelas sociales y psicológicas de una implacable espiral de violencias y venganzas vividas durante generaciones: los efectos del terror sobre la población rural; los traumas sufridos por las masacres y asesinatos políticos; el desarraigo y las concomitantes pérdidas de seres queridos, bienes y tierras, vínculos y tejido social; las estrategias de supervivencia y búsquedas de nuevas identidades de la población involuntariamente internada en las ciudades.

Los estudios que me propongo reseñar en este artículo se inscriben en este conjunto de corrientes más amplios e incluyentes de ‘violentología’. El primero de ellos, la compilación de Arocha, Cubides y Jimeno, aborda diferentes

manifestaciones de violencia, explorando sus límites en varios niveles y espacios, de lo más público hasta lo más privado. Los otros dos estudios se relacionan, de maneras distintas, con el desplazamiento forzoso¹⁰.

Durante las últimas dos décadas, las guerrillas colombianas, particularmente las FARC (*Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia*), se han expandido de sus bastiones tradicionales en las lejanas zonas de colonización a municipalidades más ricas, especialmente aquellas donde el capitalismo salvaje había generado procesos de exclusión social por un lado y acumulación desenfrenada por el otro: dos condiciones que facilitaron la movilización de los descontentos y la obtención de recursos mediante el secuestro y la extorsión de los que habían acumulado alguna fortuna. En el mismo período, surgieron y se expandieron los grupos paramilitares, patrocinados por terratenientes y narcotraficantes, ligados a, u operando en la sombra del ejército, reemplazándolo con eficacia y crueldad y organizándose finalmente en una sola organización nacional, AUC (*Autodefensas Unidas de Colombia*) cuyo único y expreso fin es acabar con la guerrilla y establecer su dominio territorial en los antiguos bastiones de ella. Sin embargo, en muchas zonas, a la conquista territorial de unos siguieron las reconquistas de los otros, estableciéndose unas dinámicas locales de poderes armados cambiantes, rapaces, que recurren al terror como único medio a su alcance, lo cual ha contribuido a la degradación continua de la guerra en términos del derecho internacional humanitario.

Violencia, inclusión creciente se inicia con una sugestiva presentación por parte del historiador Marco Palacios, seguida por un conjunto de capítulos que pasan revista a estos ‘actores armados’ del conflicto: la guerrilla (Camilo Echandía), los paramilitares (Fernando Cubides), el ejército (Andrés Dávila). Esta primera parte del libro se mueve básicamente en el ámbito público del conflicto, a pesar de una primera alusión a lo ‘privado’ en el artículo sobre paramilitares, pues éstos surgieron como una alianza de grupos de justicia privada. En la segunda parte se exploran los límites entre los dos ámbitos – público y privado –, lo cual da cabida a tres análisis (de Mauricio Rubio, Fernán González y Francisco Gutiérrez) que giran en torno a las dificultades de *construir lo público* en Colombia, donde se explora el entrelazamiento entre ‘delito político’ y ‘criminalidad común’ y se interpreta a los violentos urbanos – sicarios, milicias – como una búsqueda de ciudadanía a través de las armas: ‘una ruta para ir *hacia adentro*. *Ser peligroso* constituye una forma de hacerse a una semántica, anómala por supuesto, de la incorporación’ (Gutiérrez, p. 200). A partir de esa forma peculiar de construirse en las comunas urbanas, podríamos imaginarnos una infinita variedad de elementos identitarios que entran en juego en las construcciones locales de ciudadanía. En medio de la multiplicidad, sin embargo, hay dos elementos estructurales, constitutivos de identidades colectivas: la etnia y el género. La tercera parte del libro, en efecto, amplía los espacios y las miradas sobre la violencia hacia terrenos nuevos, adentrándose en las regiones de la Costa Pacífica para examinar la relación entre la guerra y la etnia en el caso de las poblaciones afrocolombianas (Jaime Arocha), tema de gran relevancia dada la incorporación de estos territorios a los más sangrientos escenarios del conflicto armado. También se detiene en las construcciones de género implícitas o explícitas en las manifestaciones de violencia y los procesos de desplazamiento forzado de población rural hacia las ciudades (Donny Mertens). Finalmente, el libro entra en la intimidad de la *violencia vivida*, de la

experiencia personal a través de tres enfoques: la vida de una ex-combatiente, en algún momento actora de violencia y quien reflexiona sobre el proceso de evocar e interpretar sus memorias; los niños y su vivencia del castigo, y las representaciones de un grupo de pobladores urbanos sobre la violencia y la autoridad (capítulos de, respectivamente, María Eugenia Vásquez, Ximena Tabares y Myriam Jimeno). En su amplitud, variedad de enfoques y propósito de avanzar sobre nuevos espacios de violencia – más privados y desconocidos –, este libro representa tal vez el intento más comprehensivo – e inclusive – de una nueva violentología.

El desplazamiento forzado *interno*¹¹ constituye una de las consecuencias sociales, demográficas y psicológicas más graves del conflicto armado. A diferencia de otros países conocidos mundialmente (Rwanda, Guatemala), el desplazamiento en Colombia no se presenta organizada ni masivamente, sino constituye, con muy pocas excepciones, una multiplicidad dispersa de corrientes aisladas, en las cuales las familias e individuos optan por salir precipitadamente ante las amenazas de muerte y buscan refugio cada una por su cuenta, pues tampoco existen sitios colectivos (campamentos) de recepción. A pesar de haberse intensificado a partir de la década de los ochenta – precisamente con el surgimiento de los grupos paramilitares y el recrudecimiento de la guerra –, el desplazamiento forzado no recibió atención gubernamental sino hasta 1995, cuando se formuló una primera política de asistencia, con marcado énfasis en la atención de emergencia y una débil e incoherente visión de la incorporación de su problemática a las políticas de desarrollo, además de un deficiente sistema de información que nos deja con muchas cuestiones pendientes. ¿Qué significa para el país y la nación, tener una gran parte de su población civil afectada por los traumas de la destrucción y el desarraigo? Los desplazados por violencia, ¿se asimilan o se diferencian de los migrantes económicos? ¿Cómo son sus estrategias de supervivencia, de reconstrucción de proyectos de vida y tejido social? Para muchos pobladores rurales, la migración forzada no es la primera experiencia de movilidad, sino un paso más en una larga cadena de expulsiones, colonizaciones, nuevas expulsiones, conformándose hogares itinerantes y *vidas móviles*¹², iniciadas generaciones atrás. ¿Cómo relacionar esas experiencias de vida con las preocupaciones expresadas anteriormente: la difícil construcción de lo público en Colombia, la construcción de territorialidad regional y nacional, los sentidos de pertenencia a una geografía y a una comunidad política, los límites de la ciudadanía? Todavía no contamos con un estudio profundo del desplazamiento interno¹³ actual. Los temas de la movilidad poblacional, las migraciones y ocupaciones territoriales posteriores a la llamada colonización antioqueña – finales del siglo diecinueve y comienzos del veinte – han contado con muy poca atención. Por ello, resaltamos la importancia de la recientemente aparecida compilación *Desplazados, Migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, la cual, si bien no resuelve las preguntas planteadas (no es su enfoque, y además carece de un artículo introductorio que sirviera de marco conceptual cohesionador), nos ofrece un insumo de gran valor. En ella, se perfila claramente la complejidad de las causas y motivos de los movimientos poblacionales, aún agrupándolos bajo el común denominador de la expulsión. El petróleo en la Orinoquia y la Amazonia atrae población flotante de las áreas urbanas o de la zona andina, expulsada de parcelas agrícolas por razones económicas o políticas; este mismo petróleo a su vez desaloja a

poblaciones indígenas. El despojo por parte de terratenientes, paramilitares o narcotraficantes lleva a la reestructuración de zonas completas en el litoral Caribe, la costa pacífica y la cuenca amazónica, mientras que la fumigación sistemática de los cultivos ilícitos con glifosfato, presionada por el gobierno norteamericano, inyecta desesperación y más violencia a las intrincadas redes de poder que se han tejido entre colonos, guerrilla y narcos en las selvas del Caquetá y Putumayo (capítulos de Augusto Gómez, Camilo Domínguez, Carmen Elisa Florez, Norma Rubiano y Eduardo Granados, Michel Agier y Odile Hoffman, Jaime Arocha, Jorge Gracia, Carlos Páramo, Fernando Cubides, Aura María Puyana, Fernando Franco, y comentarios de Gustavo Montañez y Alejo Vargas). Ante la represión de las movilizaciones campesinas cocalleras entre 1994 y 1998, y la intensificación de las fumigaciones – que erradican, más que cultivos ilícitos, los cultivos alimenticios de los campesinos –, la huída de la población rural resulta inminente. Algunos toman la dirección selva adentro, otros se internan en las ciudades. La última parte del libro (capítulos de Oliver Barbary, Héctor Ramírez y Fernando Urrea, Fernando Murillo, Donny Meertens, Martha Bello y Claudia Mosquera; comentarios de Luz Gabriela Arango) versa sobre el crecimiento urbano acelerado por la avalancha de migrantes y desplazados por violencia, incorporándose al análisis de las dinámicas urbanas, una mirada sobre otros importantes estructuradores de la identidad social: la etnia (población afrocolombiana en Cali), el género (trayectorias de reconstrucción vital de hombres y mujeres en Bogotá y Bucaramanga), el asentamiento barrial como referente de exclusión/inclusión en la periferia urbana de Bogotá, donde arriban los huyentes de la violencia y el terror en los campos.

El terror se ha vuelto el denominador común de las experiencias de vida (y muerte) de la población rural antes de ser desplazada. Pero a diferencia del Cono Sur o las guerras centroamericanas, el terror en Colombia no es monopolio del Estado; no tiene como objetivo principal la limpieza étnica; ni se emplea *sistemáticamente* para la eliminación física del opositor político, sino, en las palabras de Eric Lair¹⁴, se desenvuelve como una estrategia desinstitutionalizada, encaminada a la destrucción del tejido social y el control total sobre la comunidad. En las zonas en disputa, lo usan *todos* los actores armados. El terror frustra cualquier acción colectiva independiente, ya que siempre será capitalizada por uno de los opositores armados en su loca carrera por la construcción material y simbólica de ‘enemigos’ y ‘amigos’. Penetra las rutinas de la vida cotidiana e incluso la intimidad de la familia, el amor, la atracción sexual, con un nuevo elemento: la desconfianza. Esta se ha generalizada hasta el punto de lograr el retiro de la sociabilidad, la ensimismada, el ‘no-lugar’ como lo llama Daniel Pécaut¹⁵, que es la pérdida del último espacio para construir lazos sociales en paz. ¿O será que para algunos nunca ha existido ese espacio íntimo de seguridad y paz?

En su libro, Constanza Ardila nos lleva a conocer los espacios íntimos de campesinos y campesinas desplazadas, lo que ella titula ‘la guerra que llevan por dentro’. Antes de dar testimonio de los horrores de la guerra que las desplazó a las ciudades, ellas (la mayoría son mujeres) relatan cada una sus infancias, transcurridas en medio de las penas de la pobreza rural, de la violencia doméstica generalizada, de los abusos sexuales de padres, padrastros y hasta clérigos, de las rigideces de madres e institutos religiosos y de ahí a los sórdidos ambientes de la prostitución. También ellas y ellos son ‘hijas e hijos de la vio-

lencia', cuyos padres sufrieron en carne propia la violencia de los años cincuenta y sesenta, tuvieron que salir de sus tierras y enfrentarse a la colonización de las selvas; constituyeron hogares atravesados por experiencias amargas de crueldad, destierro, explotación, penurias económicas, cuyo eco de alguna manera resuena en los comportamientos autoritarios y los abusos de poder al interior del espacio doméstico. El libro de Ardila no pretende ofrecer un marco analítico explícito más allá de la presentación de la familia como *locus* de reproducción y mezcla de múltiples violencias, limitándose al acompañamiento a las reflexiones verbalizadas por un grupo de diez personas, quienes, a lo largo de varias sesiones, relatan sus historias de vida. Discuten desde las relaciones padre-hija, pasando por las nociones de Estado, nación y clases sociales, hasta la política internacional frente al régimen de Fidel Castro. Todo eso, en un intento de crearse un marco de interpretación, de significado de las violencias sufridas, condición necesaria para emprender, desde sí mismo, unos primeros pasos hacia la paz. Comprensión de la diferencia entre autoridad y autoritarismo; análisis de 'como funciona el poder a todos los niveles' – como lo expresa una de las participantes; diferenciación entre solidaridad en busca de justicia social y lealtad ciega a los grupos armados y sus métodos; recuperación de la autoconfianza y aceptación de la responsabilidad personal, son algunos de los logros de esas narrativas compartidas. La ausencia de una reflexión más explícita por parte de la autora sobre la metodología de recolección, estructuración e interpretación de las conversaciones – es decir sobre la construcción inter-subjetiva de la narrativa, sólo parcialmente ha sido compensada por las descripciones del contexto (los gestos, la atmósfera, las tensiones en el grupo). El texto refleja posicionamientos y enfrentamientos de la vida real, donde se subrayan claramente las predisposiciones de género: mujeres que concluyen que el cambio personal comenzó con una nueva actitud no-autoritaria frente a los hijos; y hombres – quienes a veces asumen con dificultad la reflexión sobre espacios privados –, llamando la atención sobre cómo traducir estas nuevas actitudes hacia el ámbito del ejercicio del poder del Estado.

La 'nueva violentología', pues, enfoca, más que a los 'actores armados', a la gente del común. Una frase del emperador Adriano, citado por Ardila, nos sirve de pretexto para concluir, con el necesario realismo, que 'de vez en cuando habrá paz en los intersticios de la guerra'. Sin el concurso de mujeres y hombres que trabajan silenciosa y obstinadamente en la transformación integral de los ámbitos públicos y privados, se perdería también esta esperanza.

Notas

1. La autora es docente e investigadora del Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo, Universidad Nacional de Colombia; investigadora asociada 1999-2000, InDRA-AGIDS, Universidad de Amsterdam. <sanmeer@colnodo.apc.org>.
2. Las muertes en combate constituyen sólo una pequeña proporción de estas cifras. Comisión Colombiana de Juristas (1997:4).
3. Comisión de Estudios sobre la Violencia (1987).
4. Sánchez (1984), Ortíz (1994), LeGrand (1997).
5. Resulta imposible enumerar todos los estudios realizados dentro del área durante una década y media. Cabe mencionar la revista *Análisis Político* del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, como uno de los más representativos voceros de los estudiosos de la temática.

6. Véanse entre otros Salazar (1990), Jaramillo y otros (1998), Alape (1995).
7. Véanse por ejemplo: Meluk (1998), Braun (1994).
8. Jimeno y Roldán (1996).
9. Castro y Díaz (1997).
10. Entre los estudios regionales sobre desplazamiento se encuentra *Desarraigo y Futuro* (1998), cuyo principal autor, Hernán Henao, antropólogo de la Universidad de Antioquia en Medellín, cayó acribillado por las balas de los sicarios en su propia oficina del campus universitario. Con su muerte se inició una modalidad, inédita hasta ese momento, de acallamientos y destierros de intelectuales y periodistas.
11. A diferencia del *refugiado*, quien cruza fronteras nacionales, el desplazado interno no goza del mismo reconocimiento legal, político o social por parte de la comunidad internacional, a pesar de contar con un representante de su problemática ante las Naciones Unidas.
12. Término utilizado por Finn Stepputat y otros (1998).
13. Una buena base descriptiva constituye el libro-recopilación de boletines estadísticos de Codhes (1999).
14. Lair (1999:67).
15. Pécaut (1999).

Bibliografía

- Alape, Arturo (1995), *Cuidad Bolívar: La hoguera de las ilusiones*. Bogotá: Planeta.
- Bergquist, Charles, Ricardo Peñaranda and Gonzalo Sánchez, eds (1992), *Violence in Colombia: The Contemporary Crisis in Historical perspective*. Wilmington: Scholarly Resources.
- Braun, Herbert (1994), *Our Guerrillas, Our Sidewalks: A Journey into the Violence of Colombia*. University Press of Colorado.
- Castro, María Clemencia y Carmen Lucía Díaz (1997), *Guerrilla, Reinserción y Lazo Social*. Bogotá: Almudena Editores.
- Codhes (1999) *Un país que huye. Desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. Bogotá.
- Comisión Colombiana de Juristas (1997), *Colombia, Derechos Humanos, Derecho Humanitario 1996*. Bogotá.
- Comisión de Estudios sobre la Violencia (1987), *Colombia: Violencia y Democracia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Conferencia Episcopal de Colombia (1995), *Derechos Humanos, Desplazados por Violencia en Colombia*. Bogotá.
- Deas, Malcolm y María Victoria Llorente, comps. (1999), *Reconocer la guerra para construir la paz*. Bogotá: CEREC, Universidad de los Andes y Norma.
- Henao, Hernán y otros (1998) *Desarraigo y Futuro*. Medellín: Universidad de Antioquia, Cruz Roja Colombiana y Cruz Roja Sueca.
- Jaramillo, Ana María y otros (1998), *En la encrucijada: Conflicto y Cultura Política en el Medellín de los noventa*. Medellín: Corporación Región y otros.
- Jimeno, Myriam e Ismael Roldán (1996), *Las sombras arbitrarias: Violencia y autoridad en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Lair, Eric (1999) 'El terror, recurso estratégico de los actores armados: reflexiones en torno al conflicto colombiano', *Análisis Político* 37: 64-77.
- Leal, Francisco (1999), *Los laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres sobre la paz*. Bogotá: Tercer Mundo Editores y Universidad de los Andes.
- LeGrand, Cathy (1997), 'La política y la violencia en Colombia (1946-1965): interpretaciones en la década de los ochenta', *Memoria y Sociedad*, 2 (4), 79-110. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Meluk, Emilio (1998), *El secuestro, una muerte suspendida: su impacto psicológico*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Ortiz, Carlos Miguel (1994), 'Historiografía de la Violencia' en: *La Historia al final del milenio: Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Bernardo Tovar, compilador. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 371-424.
- Pécaut, Daniel (2000), 'Las configuraciones del espacio, del tiempo y de la subjetividad en un contexto de terror', *Revista Colombiana de Antropología* 35:8-35, Bogotá.
- Salazar, Alonso (1990), *No nacimos pa'semilla: La cultura de las bandas juveniles de Medellín*. Medellín: Corporación Región.

- Sánchez, Gonzalo (1984), 'Los estudios sobre la violencia: balance y perspectivas' en: *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*, Carles Bergquist, Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez, compiladores. Bogotá: CEREC.
- Stepputat, Finn y otros (1998) 'Vidas móviles y la gobernanza de movilidad: Poder, políticas e identidades en el campo del desplazamiento interno en América Latina'. Mimeo, Copenhagen, Centre for Development Research.